
Jacques Soustelle

UNA GUIA PARA EL MISTERIO MAYA



Castillo de Chichen Itzá o pirámide de Kukulkán

Casi totalmente desconocida hasta hace un siglo, la civilización maya brilla hoy con un singular resplandor en el horizonte mundial de las culturas. Desde el capitán Dupaix hasta sir John Eric Thompson, desde el pintoresco conde Waldeck hasta el abate Brasseur de Bourbourg, desde el norteamericano Stephens al francés Désiré Charnay ha despertado esas vocaciones que dominan tiránicamente vidas enteras. Sería muy difícil dosificar, dentro de esa fascinación, lo que corresponde al encanto exótico de las selvas mexicanas o guatemaltecas, a la belleza grandiosa de las pirámides de Tikal o a la frágil gracia de los estucos de Palenque. ¿Cómo determinar el atractivo que ejercen sobre el investigador o sobre el simple viajero la elegancia enigmática de los jeroglí-

ficos de Copan, el lujo de una fachada de encaje de piedra en Uxmal, la sobriedad hierática de un bajorrelieve en Yaxchilan, la traviesa finura de una figurita de Jaina?

La marca del genio

Lo cierto es que cuando a nuestros ojos de occidentales aparecen, destacándose en el estuche de terciopelo verde de la selva, los templos y los palacios de una ciudad maya antigua, se nos revela de golpe un estilo: algo material e impalpable a la vez, tan difícil de definir y tan evidente sin embargo como el estilo del Partenón o el de Angkor, expresión viviente aún, por sobre el abismo del tiempo, de lo que antes ha vibrado en el corazón y en el alma de hombres desaparecidos para siempre.

¿Para siempre? Los descendientes de esos hombres desaparecidos están entre nosotros; son los mayas. Los pueblos mayas y sus lenguas —emparentadas todas entre sí como nuestras lenguas latinas— cubren desde México hasta Guatemala, desde Yucatán hasta la costa del Pacífico, el vasto territorio que los grandes antiguos marcaron imponiéndole la huella de su genio. Campesinos más o menos cristianizados pero que veneran a los benévolos dioses *Chac*, ciudadanos incorporados a la vida moderna o silvestres lacandonese que permanecen en el fondo de la selva, fieles a las antiguas divinidades, los actuales mayas son testimonio de una etnia cuya identidad se ha formado, por lo que podemos saber, hace más de dos mil años. Desde el pasado hasta el presente, a través de tribulaciones, guerras, conquistas y sufrimientos, hay una continuidad que subsiste, un lazo que no se ha roto.

¿Qué ha ocurrido, desde el primer siglo antes de nuestra era y el comienzo de ésta, en las inmensas selvas tórridas y húmedas del Petén o del Usumacinta? Eso equivale a plantear la pregunta: “¿Cómo, por qué nace una civilización?” Misterio que ninguna sociología, biológica o no, ninguna doctrina a la moda de Marx ni de Spengler, permiten disipar. Es probable que la gran cultura de los olmecas, esos precursores que inventaron la escultura religiosa de la antigüedad mexicana, los jeroglíficos y sin duda el calendario, ha desempeñado un papel inspirador sobre los aldeanos rústicos que todavía no eran mayas. Muy pronto, en todo caso, los caseríos se volvieron pueblos, centros ceremoniales, mercados, asientos del gobierno. Desde mucho antes de nuestra era, la gente de Tikal inventó la bóveda maya, descubrimiento fundamental de la arquitectura autóctona de América. Un viento innovador sopló cada día más fuerte y más fecundo sobre esta zona central, hoy silenciosa y vacía, al norte del lago de Flores, que ampliándose en zonas concéntricas se convirtió en el corazón de la zona clásica maya, con sus pirámides coronadas por santuarios, sus palacios de múltiples salas, sus estelas y sus altares, sus inscripciones jeroglíficas, su espléndida cerámica policroma y sus jades cincelados que demuestran incomparable maestría.

La “Larga Cuenta”

Felizmente para nosotros, los antiguos mayas tuvieron la costumbre de fechar todos sus monumentos, y sobre todo de levantar a intervalos regulares —cada veinte años, a veces cada diez, e incluso cada cinco años— estelas en las que inscribían en “glifos” complejos y decorativos, lo que llamamos la “Larga Cuenta”: dicho de otro modo, el tiempo transcurrido desde una fecha cero (12 de agosto de 3113 A.C.) hasta la fecha de inauguración del monumento o de la estela. La inscripción más antigua de Larga Cuenta conocida corresponde al año 292 de nuestra era y la más reciente al año 909; la primera fue descubierta en Tikal, la segunda en Tonina, en la meseta de Chiapas. Entre ambas fechas, símbolos respectivamente de un comienzo oscuro y de una misteriosa declinación, se inscriben 617 años, duración no despreciable a escala humana de lo que fue un espléndido florecimiento de pensamiento y de arte, la más alta civilización del continente americano y sin duda una de las más brillantes del mundo antiguo.

Debemos apresurarnos a decir que esta civilización, a diferencia de otras muchas, pudo renacer de sus cenizas y conocer una segunda era, rica también en obras, como pueden comprobarlo todos los que llegan a contemplar Chichén-Itzá, el majestuoso Templo de los Guerreros —probable-

mente la cumbre de la arquitectura autóctona de América—, la pirámide de la serpiente emplumada y el gigantesco Juego de Pelota. Este renacimiento duró dos siglos; determinado por el impacto de los pueblos mexicanos del centro, toltecas, que revivificaron una cultura maya debilitada, parecería por las mismas causas a las que debió su impulso inicial: el aflujo sin cesar creciente de los belicosos mexicanos introdujo en Yucatán el germen de un militarismo extranjero en la vieja cultura clásica. Divididos en numerosos pequeños estados, los mayas de Yucatán (en tanto que la antigua cuna de su grandeza, en el Sur, se hundía en la soledad de las ciudades ignoradas) vertieron su sangre en combates fratricidas. La civilización mixta, tolteco-maya, que había brillado con tan viva luz, entró en una profunda decadencia. Ya no era sino una sombra cuando las naves y los cañones españoles llegaron en el siglo XVI a someterla a los hombres de Europa. Sin embargo, la conquista no concluyó sino mucho más tarde: la última ciudad maya independiente, Tayasal, no sucumbió hasta 1697.

En resumidas cuentas, la civilización maya fue, en sus orígenes, contemporánea del Imperio Romano y su último bastión no cayó hasta la época de Luis XIV. Pero su apogeo se sitúa en la época en que, entre nosotros, antes del año mil, el Occidente se recuperaba apenas de la catástrofe de las grandes invasiones bárbaras. Entre los esplendores de Bizancio y la belleza de Tikal, Europa hacía una triste figura.

Ese mundo maya clásico, respuesta extraordinariamente valiosa a los desafíos de un clima aplastante y de una selva invasora, llegamos a representárnoslo a través de las imágenes de sí mismo que nos ha dejado en su escultura, en su pintura mural, en sus manuscritos y en su cerámica, como una sociedad unida por una misma cultura pero políticamente dividida. Dicho de otro modo, los mayas vivían un poco como las ciudades griegas de la antigüedad, en el marco de pequeños estados, compuestos cada uno de un centro urbano y de un territorio más o menos vasto. Algunas de sus ciudades estaban gobernadas, al parecer, por soberanos como los de Piedras Negras, cuyas fechas de nacimiento, ascenso al poder, casamientos (digamos, al margen, que las mujeres aparecen a menudo en las inscripciones y su papel político ha debido ser importante) señalan las estelas de esta ciudad. En Yaxchilán, esos soberanos están descritos en los admirables paneles esculpidos, como jefes militares (la dinastía *Jaguar*) a los que vemos capturando a sus enemigos, y no lejos de allí, en Bonampak, los frescos representan combates, jefes guerreros y cautivos. En Palenque, el gran sarcófago descubierto en una cripta bajo la pirámide de las Inscripciones, rodeado de jades cincelados y con una máscara de jade, era probablemente un gran sacerdote.

Poco a poco, mediante un trabajo de hormiga que empezó el siglo pasado, desciframos cada vez más glifos, de entre los 700 a 800 caracteres que constituyen, con sus “afijos” y sus combinaciones, la fascinante escritura de los mayas. La más antigua civilización maya se nos revela así como un rostro cuyos rasgos aparecen gradualmente en la bruma. Vemos dibujarse alianzas, federaciones entre ciudades, uniones y hegemonías. En Bonampak, una mujer muy elegante figura en la primera fila de notables y el signo de Yaxchilán está pintado sobre su cabeza. Podemos deducir de ahí lo estrechos que podían ser los lazos entre ambas ciudades.

Durante 74 años, entre 682 y 756, los sacerdotes astrónomos de Copán, en la extremidad sudeste del país maya, hicieron prevalecer casi por todas partes cierta fórmula relativa a la duración de las lunaciones (que con respecto a los cálculos de los astrónomos modernos solo tiene un error de



Comalcalco

27 cienmillonésimos de día), y es probable que esta supremacía científica fuese unida a una cierta hegemonía política. Es bastante probable que algunas ciudades como Tikal estuviesen a la cabeza de confederaciones, pero no parece que haya habido alguna vez un "imperio" maya.

¿De qué vivían esos pueblos, Tikal, por ejemplo, que debió tener unos 50.000 habitantes? Ahora sabemos (en parte gracias a las fotos tomadas vía satélite) que los antiguos mayas no se contentaban con el primitivo cultivo del maíz por chamicera que practican los indígenas de hoy, sino que recurrían a una agricultura intensiva mediante el empleo de tierras semi-inundadas y sistemas de canales. Disponían, además de plantas de tubérculos, del árbol del pan, de caza, de pescados. Los campesinos traían sus productos a los mercados de los centros urbanos, y en los propios pueblos se agita toda una población más o menos directamente ligada a los templos y a los palacios: servidores, artesanos, escultores, dibujantes y pintores, escribas, comerciantes.

Cometeríamos un grave error si imagináramos que esos hombres de la antigüedad americana, desprovistos de caballos o de otros medios de desplazamiento, no viajaban. Simplemente a pie, o en piragua sobre los ríos y los lagos, recorrían sin apresurarse grandes distancias. Durante varios siglos, entre el III y el VII, se mantuvieron relaciones constantes entre el país maya y la lejana y prestigiosa metrópolis religiosa y comercial de México central, Teotihuacan. En Tikal, una célebre estela muestra a un dignatario maya acompañado por dos personajes (¿embajadores?) cuyos atributos y vestimenta los señalan como provenientes de la ciudad mexicana. La preciosa obsidiana verde que Teotihuacan exportaba se encuentra en numerosos lugares mayas hasta la



Guerrero (Colima)

costa del Caribe y la hermosa cerámica pintada de Teotihuacan figura en buen lugar entre las ofrendas a los muertos depositadas en las tumbas.

La ilusión tecnológica

Con sus edificios públicos y sus habitaciones privadas, con sus baños de vapor, sus campos de juego de pelota ritual, sus observatorios astronómicos, sus talleres y sus almacenes, la ciudad maya clásica era un centro activo, administrativo, económico e intelectual, ligado a sus vecinos por calzadas cubiertas de lajas, las *saché-ob*, algunas de las cuales, como la que iba de Coba a Yaxuna, tenían hasta un centenar de kilómetros de largo.

Lo más sorprendente, quizá lo que despierta mayor admiración e invita en mayor grado a la reflexión, es que un pueblo "neolítico", sin metales y sin ruedas, en resumen, "subdesarrollado" desde el punto de vista de la técnica, haya alcanzado un tan alto grado de sofisticación matemática y astronómica, haya calculado con extraordinaria precisión la duración del año y la de las lunaciones, haya realizado tablas venusinas, se haya lanzado mediante cálculos vertiginosos en los abismos del pasado y del futuro, y esto al mismo tiempo que se mostraba capaz de construir magníficos monumentos, de esculpir, de cincelar y de pintar. Esta comprobación debería llevarnos a disipar lo que llamo "la ilusión tecnológica" propia de nuestra mentalidad occidental.

Esto es lo que trato de demostrar en un libro, *Los mayas* (Paris, 1982), que es a la vez una especie de guía del antiguo país maya y un cuadro de lo que fue ese pueblo excepcionalmente dotado.

